



Visita al territorio de Sam Savage



Cierto día, Zhuang Zhou se quedó dormido y soñó que era una mariposa, revoloteando muy contento por ahí. Y la mariposa no sabía que era Zhuang Zhou soñando. Luego despertó y volvió a ser el de siempre, pero ahora no sabía si era un hombre soñando que era una mariposa o una mariposa soñando que era un hombre.

Las enseñanzas de Zhuang Zhou

Si hubiera llevado un diario del dolor, la única anotación habría sido una palabra: yo.

PHILIP ROTH

1

Siempre imaginé que la crónica de mi vida, si acaso alguna vez llegaba a escribirla, tendría una primera frase excelente: algo lírico, como «Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas», de Nabokov; y, si no me salía nada lírico, algo arrollador, como «Todas las familias felices se asemejan, pero cada familia desdichada es desdichada a su manera», de Tolstói. La gente recuerda estas palabras incluso cuando ya ha olvidado todo lo demás que hay en el libro. En lo tocante a frases de apertura, la mejor, a mi modo de ver, es el comienzo de *El buen soldado*, de Ford Madox Ford: «Éste es el relato más triste que nunca he oído». Docenas de veces lo habré leído, y sigue dejándome patidifuso. Ford Madox Ford era uno de los Grandes.

En toda una vida de esfuerzos por escribir, con nada he luchado más varonilmente —sí, ésa es la palabra, *varonilmente*— que con las aperturas. Siempre me ha parecido que si esa parte me salía bien el resto seguiría de modo automático. Concebía la primera frase como una especie de útero semántico repleto de atareados embriones de páginas sin escribir, resplandecientes pepitas de genio, ansiosas de nacer. De ese gran recipiente fluiría, por así decirlo, el relato completo. ¡Qué desilusión! Ocurrió exactamente lo contrario. Y no es porque escaseen las buenas frases de arranque. Deléitese usted en ésta, por ejemplo: «Cuando sonó el teléfono, a las tres de la madrugada, Morris Monk supo antes de levantar el aparato que la llamada era de una dama, y algo más: que decir damas es decir problemas». O ésta: «Poco antes de que lo descuartizaran los sádicos soldados de Gamel, el coronel Benchley tuvo un vislumbre de la blanca

casita de campo del Shropshire, con la señora Benchley a la puerta, y los niños». O ésta: «París, Londres, Djibuti, todo le parecía irreal ahora, sentado entre las ruinas de otra cena más de Acción de Gracias, con su madre y su padre y el idiota de Charles». ¿Quién puede permanecer insensible ante unas frases así? Tan preñadas están de significado, tan, oso decirlo, tan a punto de reventar de significado, que es como si las hincharan los capítulos enteros sin escribir que llevan dentro: sin escribir, aunque ya presentes.

Pero, ay, en realidad no eran más que burbujas, falsas ilusiones, todas ellas. Cada una de esas frases maravillosas, repletas de promesas, era como una caja envuelta para regalo en manos de un niño anhelante, una caja que nada contiene, sino piedrecillas y trozos de basura, a pesar del ruido tan seductor que hace al agitarla. ¡El niño piensa que son caramelos! Yo pensaba que eran literatura. Todas esas frases —y otras muchas, también— resultaron no ser trampolines de lanzamiento hacia la gran novela sin escribir, sino barreras insuperables. Comprende usted, eran demasiado *buenas*. Nunca logré situarme a su altura. Hay escritores que nunca logran igualar su primera novela. Yo nunca pude igualar mi primera frase. Y mírenme ahora. Miren de qué modo he empezado esto, mi obra final, mi opus magna: «Siempre imaginé que la crónica de mi vida, si acaso alguna vez llegaba...» ¡Dios del cielo, «si acaso alguna vez»! Ya se percata usted del problema. Irremediable. Que lo borren.

Éste es el relato más triste que nunca he oído. Empieza, como todos los verdaderos relatos, quién sabe dónde. Buscar el principio es como intentar descubrir las fuentes de un río. Se pasa usted varios meses remando contra la corriente, bajo un sol abrasador, entre altísimas murallas de jungla chorreante, con los mapas empapados de humedad desintegrándosele en las manos. Lo enloquecen a usted las falsas esperanzas, los malignos enjambres de insectos picadores, y las añagazas de la memoria, y lo único que saca en claro, al final —la última Thule de tan ridícula búsqueda—, es un humedal de la selva o, tratándose de un relato, una palabra o un gesto perfectamente

desprovistos de sentido. Y, sin embargo, en algún lugar más o menos arbitrario del largo recorrido entre el humedal y el mar, el cartógrafo clava la aguja de su compás, y es ahí donde nace el Amazonas.

Lo mismo me pasa a mí, cartógrafo del alma, cuando busco el comienzo de la crónica de mi vida. Cierro los ojos y asesto el golpe. Los abro y descubro un trémulo instante ensartado en la aguja de mi compás: 3.17 de la tarde del 13 de abril de 1961. Me froto los ojos y lo enfoco. Momento, momento, en la barandilla, ¿quién es el tipo sin barbilla? Y ahí estoy yo —o, más bien, ahí estaba—, mirando cautelosamente por encima de la balaustrada de un balcón, asomando sólo la punta de la nariz y un ojo. Aquel balcón era buen sitio para alguien que se dedicara a mirar, alguien tan taimado como yo. Desde allí dominaba toda la planta baja de la tienda, sin que nadie me viera. Aquel día, la tienda estaba abarrotada de clientes, más que en un día normal entre semana, el murmullo de sus voces flotaba amenamente hacia arriba. Era una hermosa tarde de primavera, y algunas de estas personas seguramente habrían salido a dar un paseo, pensando en esto o lo de más allá, cuando les distrajo la atención un rótulo pintado a mano puesto en el escaparate de la tienda: DESCUENTO DEL 30% EN TODAS LAS COMPRAS DE MÁS DE 20 DÓLARES. Pero eso yo, en realidad, no podía saberlo, quiero decir que no podía saber lo que había incitado a la gente a entrar en la tienda, puesto que carecía de toda experiencia relativa al valor de intercambio del dinero. Y el caso es que en realidad el balcón, la tienda, los clientes, incluso la primavera, requieren explicaciones, digresiones que, por muy necesarias que resulten, echarían a perder el ritmo de mi narración, que quiero creer apresurado. Evidentemente, he ido demasiado lejos: en mi entusiasmo por tenerlo todo en movimiento, me he dejado atrás la marca. Podemos no saber nunca dónde empieza un relato, pero a veces sí que podemos decir dónde *no puede* empezar: donde la corriente ya fluye con pleno impulso.

Cierro los ojos y asesto un nuevo golpe. Despliego el instante trémulo y le clavo las alas a la mesa: 1.42 de la madrugada, 9 de noviembre de 1960. Humedad y frío en la plaza Scollay de Boston, y la muy ignorante de Flo —a quien pronto llamaré mamá—, se ha refugiado en el sótano de un local

comercial de Cornhill. Presa del pavor, de algún modo ha conseguido encajarse en lo más hondo del estrecho hueco que quedaba entre un cilindro muy ancho de metal y la pared de cemento de la bodega, y ahí permanecía acurrucada temblando de miedo y de frío. Oía más arriba, a ras de calle, los gritos y las risas que deambulaban sin rumbo por la plaza. Habían estado a punto de atraparla, esta vez: cinco hombres vestidos de marinero, dando zapatazos y patadas y gritando como locos. Ella anduvo zigzagueando de un lado a otro —engañándolos en cuanto a su intención, esperando que chocaran violentamente entre ellos—, cuando un zapato negro bien lustrado le acertó en las costillas y la lanzó volando por encima de la acera.

Así que ¿cómo logró escapar?

Como escapamos siempre. De milagro: la oscuridad, la lluvia, una rendija en un portal, un tropezón del perseguidor. *Persecución y fuga en las ciudades más antiguas de Estados Unidos*. En la rebatiña de su pánico, había conseguido ocultarse por completo detrás de aquella cosa metálica redondeada, de modo que sólo le llegaba un leve resplandor del sótano alumbrado, y así permaneció largo rato sin moverse. Cerró los ojos contra el dolor que sentía en el costado, centrando su atención, en cambio, en el delicioso calorcillo de la bodega que iba subiéndole lentamente por el cuerpo, como una marea. El objeto metálico estaba deliciosamente caliente. Su suavidad esmaltada le parecía blanda, y se apretó contra ella, temblando. Puede que se quedara dormida. Sí, estoy seguro, se quedó dormida, y despertó con renovadas fuerzas.

Y entonces, tímida e insegura, debió de salir arrastrándose de su escondite y poner sus patas en el local. Una lámpara fluorescente, que emitía un leve zumbido y que colgaba del techo por dos alambres retorcidos arrojaba una luz parpadeante y azul sobre su entorno. ¿Sobre *su* entorno? ¡Qué risa! ¡Sobre *mi* entorno! Porque a su alrededor, mirase donde mirase, tan sólo había libros. Del suelo al techo, en todas las paredes, como también a ambos lados de una partición que había en el centro de la estancia, todo estaba cubierto de estanterías de madera sin pintar, con hileras y más hileras de libros casi hasta reventar. Y, sobre las hileras, más libros, de gran formato, en su mayor parte, metidos en cuña; y otros se alzaban del suelo en

imponentes zigurats o yacían en montones precarios e hileras inclinadas en lo alto de la partición. El cálido y roñoso lugar en que mi madre había hallado refugio era un mausoleo de libros, un museo de tesoros olvidados, un cementerio de lo no leído y lo ilegible. Viejos volúmenes encuadernados en cuero, agrietados y mohosos, se codeaban con libros más modernos y más baratos cuyas páginas amarillentas se habían vuelto marrones y quebradizas por los bordes. Había novelas del Oeste, de Zane Grey, a espuestas; libros de sermones lúgubres a mansalva; viejas enciclopedias; memorias de la Gran Guerra; diatribas contra el New Deal; manuales de instrucciones para uso de la Nueva Mujer. Pero, claro, Flo no sabía que aquellas cosas fuesen libros. *Aventuras en el planeta Tierra*. Disfruto imaginándola en la contemplación de ese paisaje: su cara bondadosa y muy vívida, su cuerpo grueso —bueno, no: pongamos rotundo—, los ojos centelleantes, acosados, y esa forma tan graciosa que tenía de arrugar la nariz. A veces, por diversión, le pongo un pañuelito azul y se lo anudo debajo de la barbilla, y en ese momento no hay más que una palabra: *adorable*. ¡Mamá!

En lo alto de una de las paredes había dos ventanucos. Los cristales estaban tiznados de negro y apenas permitían ver nada, pero mamá, así y todo, pudo llegar a la conclusión de que seguía siendo de noche. Pudo también oír cómo iba aumentando el ritmo del tráfico en la calle, y su larga experiencia le dijo que iba a iniciarse un nuevo día laborable. La tienda de arriba abriría sus puertas, quizá bajara alguien por la empinada escalera del sótano. Gente por los peldaños de madera, quizá gente-hombre, con los pies grandes, los zapatos grandes. *Un golpe*. Tuvo que echar a correr, y —digámoslo ya— no sólo porque no tenía la menor gana de que la pillasen los marineros y volvieran a darle una patada, o algo peor. Tuvo que echar a correr sobre todo por la cosa enorme que sucedía en su interior. Bueno, no exactamente una cosa, aunque, desde luego, sí que había cosas en su interior (trece cosas), más bien un proceso, eso que la gente, con su enorme sentido del humor, ha dado en llamar un Feliz Acontecimiento. Un Feliz Acontecimiento estaba a punto de producirse, de ello no cabía la menor duda. La única duda era: ¿para quién era feliz el acontecimiento? ¿Para

ella? ¿Para mí? Llevo casi toda la vida en el convencimiento de que lo fue para cualquiera menos para mí. Pero, dejándome a mí aparte —¡ay, si pudiera dejarme aparte!—, y volviendo a la coyuntura del sótano: había un Feliz Acontecimiento a punto de producirse, y la cuestión era qué iba a hacer Flo (mamá) al respecto.

Bueno, pues voy a decirle a usted lo que hizo al respecto.

Fue a la estantería que estaba más cerca del escondrijo de detrás del objeto metálico calentito y sacó el libro más grande de que pudieron tirar sus garras. Lo sacó y lo abrió, y, sujetando una página con las patas traseras, lo hizo confeti con los dientes. Luego procedió a hacer lo mismo con otra página, y luego otra más. Pero en este punto detecto una duda. Estoy oyéndole a usted preguntarme que cómo supe que escogió el libro *más grande*. Bueno, como le encanta decir a Jeeves, es cuestión de la psicología del individuo, que en este caso es Flo, mi inminente madre. Me temo que con lo de «cuerpo rotundo» me he pasado de bondadoso. Estaba repugnantemente gorda, y el mero esfuerzo de tener que cebar todos los días tanta grasa la mantenía terriblemente ansiosa. Ansiosa y guarra. Acuciada por el clamor voraz de millones de células hambrientas, nunca dejaba de atrapar el pedazo más grande de lo que fuese aunque ya estuviera harta y sólo pudiera mordisquear un poco los bordes. Estropeando la pieza para el que viniera detrás, claro. Así que no se preocupe usted: cogió el tomo más gordo que había a su alcance.

A veces me complace pensar que mis primeros momentos de lucha por la vida vinieron acompañados, como marcha triunfal, por el desmenuzamiento de *Moby Dick*. Ello explicaría mi naturaleza extremadamente aventurera. En otras ocasiones, cuando me siento especialmente proscrito y estrambótico, estoy convencido de que el culpable es el *Quijote*. Oigan esto: «En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. [...] En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de

su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante». Contemple usted al Caballero de la Triste Figura: vanidoso, testarudo, apayasado, ingenuo hasta la ceguera, idealista hasta incurrir en lo grotesco... Lo cual viene a ser como describirme a mí en pocas palabras. La verdad es que nunca he estado bien de la cabeza. Lo que pasa es que yo no ataco molinos de viento. Hago algo peor: *sueño* con atacar molinos de viento, estoy *deseando* atacar molinos de viento y a veces *imagino* que he atacado molinos de viento. Molinos de viento o molinos de cultura — digámoslo de una vez—, los más deleitables e inasibles de los objetos, trituradoras eróticas, molinitos lascivos de lujuria, factorías carnales de raros goces, fantasilandias de fornicadores frustrados, cuerpo mismo de las Beldades. Y, al final, ¿cuál es la diferencia? Una causa perdida es una causa perdida. Pero no voy a obsesionarme con esto ahora. Ya me obsesionaré más adelante.

Mamá había formado un enorme borujo de papel y con gran esfuerzo iba arrastrándolo a empujones en dirección a la pequeña cueva que había descubierto. Y ahora no debemos permitir que nos distraiga la doliente cacofonía de sus gruesos refunfuños y jadeos hasta el punto de perder de vista la cuestión fundamental: ¿de dónde procedía todo ese papel? ¿A quién pertenecían las palabras y las frases truncadas que mamá juntó en una mezcolanza indescifrable, la misma que dentro de unos instantes acolcharía mi caída en el ámbito de la existencia? Entrecierro los ojos para ver mejor. Reina la oscuridad en este sitio a que ha traído el borujo de papel y donde ahora se afana en ahuecarlo por el centro y levantarle los bordes, como veo con claridad sólo con inclinarme sobre el precipicio del momento en que nací. Estoy mirando desde una gran altura, forzando la imaginación para trocarla en una especie de telescopio. Creo verlo. Sí. Ahora lo identifico. Mi querida Flo ha convertido en confeti el *Finnegans Wake*. Joyce fue uno de los Grandes, quizá el más Grande de todos. Yo nací, fui acogido y me amamantaron en el armazón deshojado de la obra maestra menos leída del mundo.

La mía era una familia numerosa, y pronto fuimos trece los apelmazados entre las ruinas de *Finnegans*, o, por decirlo como se diría en

el libro, trece «moléculas mamalúculos amasajados, lampando por sus mamadas». (Y, transcurridos tantos años, sigo en las mismas: amasajándome y lampando por mis mamadas, mis migajas. ¡Oh sueños!) Enseguida nos pusimos todos a pelearnos por las doce tetas: Sweeny, Chucky, Luweena, Feenie, Mutt, Peewee, Shunt, Pudding, Elvis, Elvina, Humphrey, Honeychild y Firmin (servidor de usted, decimotercer hijo). Qué bien los recuerdo a todos. Eran monstruos. Aun ciegos y desnudos, sobre todo desnudos, tenían las extremidades repletas de tendones y músculos, o eso al menos me parecía a mí entonces. Yo fui el único que nació con los ojos abiertos y una modesta capa de suave pelo gris. Muy canijo, también. Y, háganme caso, ser canijo es una cosa horrible, de pequeño.

Este hecho tuvo un efecto especialmente dañino en mi capacidad para participar de lleno en el protocolo alimenticio, que por lo general se desarrollaba así: mamá se deja caer por el sótano, procedente de dondequiera que haya estado, con su mal humor de costumbre. Gruñendo y quejándose como si fuera a hacer algo tan heroico que a ninguna madre se le hubiera ocurrido hacerlo antes, en todo el transcurso de la historia del mundo, se derrumba en la cama —*kerplop*— y se queda dormida al instante, con la boca abierta y roncando y totalmente sorda al caos que se monta a su alrededor. A zarpazos, empujones, mordiscos, chillidos, los trece nos lanzamos simultáneamente a por los doce pezones. *Of Milk and Madness (Leche y locura)*^[1]. En esta partida de tetas musicales, era yo casi siempre quien se quedaba de pie. A veces pienso en mí mismo llamándome «El que se quedó de pie». He descubierto que expresarlo así me ayuda. E incluso en las raras ocasiones en que me las apañaba para ser el primero, no tardaba en verme desplazado por alguno de mis más fornidos hermanos. Fue un milagro que saliera vivo de mi familia. Si lo logré, fue más bien a base de restos. Todos los días, sólo con recordarlo, vuelvo a sentir la espantosa sensación del pezón saliéndoseme de la boca mientras me arrastran hacia atrás por las patas traseras. La gente identifica la desesperación con una sensación de vacío en las entrañas o de frialdad o de

náusea, pero para mí siempre ha sido ese escapárseme el pezón de la boca y las encías.

Pero ¿qué oigo ahora? ¿Silencio, *embarazoso* silencio? Se ha colocado usted la mano en la barbilla y piensa: «Bueno, pues *eso* lo explica todo. Este personaje se ha pasado toda su inútil existencia tratando de encontrar la decimotercera teta». Y ¿qué puedo decir? ¿He de envilecerme hasta el extremo de admitirlo? ¿O debo lanzar un grito de protesta? «¿Eso es *todo*? ¿Eso de veras es *todo*?»

2

Mamá nos dejaba solos todas las noches y se iba a ratear un rato por la Plaza —por «ahí arriba», como decíamos nosotros—, en busca de comida. El barrio era un buen sitio para forrajear, en aquellos tiempos. A la salida de los bares y de los locales de estriptís, a casi todo el mundo le encantaba tirar cosas a la acera. Además de bolsas de papel, latas de cerveza aplastadas, paquetes de cigarrillos y mucho vómito, también tiraban gran cantidad de material comestible, hasta raciones enteras sin tocar. Añádase ahora que la ciudad de Boston estaba repleta de indeseables, que en aquellos tiempos constituían prácticamente toda la población del barrio, y el municipio, para castigarlos, había dejado de recoger la basura. Las cunetas rebosaban de provisiones, y la gente tenía que mirar mucho dónde pisaba.

Mamá se pasaba verdaderas eternidades fuera, y nosotros nos dedicábamos a huronear en la oscuridad, aunque se suponía que no debíamos movernos, porque no éramos inquilinos legales. De hecho éramos escuátters, aunque, en vista de que todo aquel tejemaneje —la librería, los locales de estriptís, incluso los cubos de la basura— iba derecho al olvido, con nosotros colgando de un costado, puede que hubiera sido más correcto llamarnos *polizones*. Pero eso aún no lo sabíamos. Me refiero a lo de ir derechos al olvido. A esa edad, uno piensa que todo es para siempre.

Tras unas cuantas horas que se nos antojaban eternas, cuando ya estábamos desesperados de hambre, oíamos los ruidos que anunciaban su regreso. *Nosotros* se suponía que debíamos permanecer en gran silencio; ella, en cambio, llegaba chocando con todo y tropezando por las escaleras.

Más valdrá, tal vez, que llame a las cosas por su nombre y diga desde el principio que mamá se cogía unas zamacucas de mucho cuidado. Eso —y el barrigón— explica sus problemas con las escaleras. En aquellos tiempos resultaba fácil lengüetear bebidas alcohólicas en las aceras de nuestro barrio, y Flo no era de las que ponen trabas a la tentación. Así era ella y así era el barrio. A casa siempre volvía tambaleándose, con unas trompas considerables, lo cual seguramente explica cómo podía dormir con tantísimos empujones y tanto chillido. Se quedaba transpuesta al instante y rompía a roncar. Así era mamá. Hay mucha gente con padres borrachines, no tiene nada de particular, pero ahora, echando la vista atrás, me doy cuenta de que ello, en mi caso, fue una gran suerte y probablemente me salvó la vida. *El lado bueno del alcoholismo: Cuento infantil.* Cuando regresaba dando bandazos de uno de sus esgarces por ahí arriba, venía casi siempre tan calamocana, que a la primera mamadita de leche le empezaba a uno a dar vueltas la cabeza. No a mí, claro. Yo, como de costumbre, me quedaba a un lado, comiéndome la moral, mientras los demás trasegaban a grandes tragos aquel material tan rico que mamá nos traía a casa y que habría ardido si alguien hubiese provocado una chispa en sus inmediaciones. Al final, el alcohol ejercía en mis hermanos y hermanas el mismo efecto que en mi madre, y todos, uno tras otro, iban quedándose modorros y se les resbalaban los pezones de las rosadas encías. Para entonces, claro, la mayor parte del alcohol había quedado eliminado del sistema de Flo, y la leche comenzaba a manar del todo pura. Así que lo único que yo tenía que hacer era encaramarme sobre las filas de pequeños beodos dormidos e ir de teta en teta, vaciándolas todas hasta la última gota deliciosa. Nunca quedaba suficiente. Pero bastaba para mantenerme vivo, aunque a duras penas.

Ya no tengo que inclinarme sobre el precipicio de mi nacimiento para recordar a mamá. Ahora podría tumbarme boca arriba en el confeti, con los piecitos, tan adorables, recogidos en el aire, y contemplar su corpachón. Y a menudo lo he hecho. Sin embargo, la imagen de mamá que conservo de aquel momento, dejando aparte su enorme masa, es poco más que un borrón carente de rasgos definidos. Me froto los ojos, saco mi telescopio, enfoco, y

vuelvo a enfocar... y apenas logro ver nada. Cuando pienso en mamá en ese momento sólo *palabras* me penetran la mente. Enrosco la concentración hasta el borde del desvanecimiento y sigo sin ver más que una forma borrosa y las palabras *escasez de tetas*... Eso, y una espesa fragancia de aserrín y cerveza, como la del suelo de un salón del Oeste.

No me ha sido posible desplazarme mucho por el llamado mundo real, pero sí que he hecho un montón de viajes en la cabeza, conduciendo mis pensamientos por este o aquel camino. Cierta vez, durante uno de tales viajes, conocí en un bar a un hombre que me contó una historia de cuando era pequeño, en Berlín, Alemania, justo al final de la guerra. La Segunda Guerra Mundial tuvo que ser. La ciudad entera había quedado reducida a escombros, tras los bombardeos, así que se parecía bastante a lo que será la plaza Scollay, dentro de poco, en este relato, y era invierno y hacía frío y no había nada de comer. Su casa —lo que quedaba de ella— estaba oscura y fría, así que el muchachito se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el bordillo de la acera al abrigo de una pared soleada, donde hacía un poco más de calor. Se pasaba horas, allí sentado, todos los días, soñando con comida. Delante de su casa, una bomba había abierto un enorme agujero. Lo habían rellenado en parte, pero seguía siendo un agujero, y un día llegó por la calle aquella una camioneta cargada de carbón. El conductor no vio el cráter a tiempo y el vehículo se metió en él, ¡*kerbang!* Se produjo un tremendo barquinazo y cayó al suelo mucho carbón. Pero la camioneta no se detuvo. Se perdió en la curva siguiente, y por unos instantes no hubo más que una calle vacía donde el sol alumbraba una alfombra de carbón. Un pedacito había llegado rodando hasta quedar cerca del pie del muchacho. Y de pronto, como si alguien hubiera dado la señal, se abrieron las puertas a todo lo largo de la calle y empezaron a salir hombres y mujeres, más bien mujeres, a todo correr. El chico se quedó mirando, asombrado, mientras recogían los trozos de carbón en delantales y cestas, peleándose incluso entre ellas. El chico tapó con el pie el pedacito que yacía en el suelo junto a él y, más adelante, cuando todas habían vuelto a meterse en sus casas, se lo guardó en el bolsillo. Del comportamiento de aquellas mujeres había deducido que se trataba de algo muy valioso, aun sin tener ni idea de qué

podía ser. Luego volvió la esquina y se lo sacó del bolsillo e intentó comérselo.

Y en África, en épocas de hambruna, los niños hambrientos comen tierra. A buen hambre no hay pan duro. El mero hecho de masticar y tragar algo, aunque no alimente el cuerpo, nutre los sueños. Y los sueños de comida son como cualquier otro sueño: puedes vivir de ellos, mientras no te mueras.

En el sótano de la librería en que residíamos no había carbón ni tampoco tierra propiamente dicha. Había muchísimo polvo, pero el polvo no puede comerse. Se pega al paladar y no hay quien se lo trague. El papel, por otra parte —no tardé en descubrirlo— posee una magnífica consistencia y, en algunos casos, un sabor agradable. Puedes tirarte horas masticando una bola, si te apetece, como chicle. Apartado por mis fornidos hermanos, aguardando turno mientras intentaba llenar el roído agujero de mis tripas con inmensos banquetes imaginarios, empecé a comerme el confeti que tenía a los pies.

No podía decirse que hubiera dejado atrás la infancia, pero considero acertado afirmar que este momento fue para mí el principio del fin. Como tantas otras cosas que empiezan siendo pequeños placeres ilícitos, masticar papel no tardó en hacerse un hábito con sus imperativos propios, para luego trocarse en adicción, en un hambre mortal cuya satisfacción resultaba tan deliciosa, que a veces quedaba alguna teta libre y a mí me entraban dudas antes de abalanzarme sobre ella. Permanecía ahí quieto, masticando, hasta que la bola que tenía en la boca se convertía en una pasta deliciosamente blanda que podía aplastar contra el paladar con la lengua o moldear en formas interesantes, para luego tragármela sin riesgo alguno. Desgraciadamente, el papel masticado me dejaba una pátina pegajosa en el paladar y la lengua que me duraba horas y que me obligaba a chasquear los labios de un modo verdaderamente desagradable.

Empecé despacio, un mordisquito por aquí, otro por allá, pero casi enseguida estaba lanzado, y en unos cuantos días me las había apañado para zamparme una parte tan considerable del lecho común que ya quedaban a la vista sus buenas extensiones de cemento desnudo. Ello dio lugar a toda

clase de problemas entre los demás y yo e incluso llegó a granjearme unos cuantos golpes bien dados, pero ni eso alcanzó a detenerme. Puedo ser muy terco cuando algo se me mete en la cabeza.

Al final, para poner coto a las riñas, mamá tuvo que salir a buscar unas cuantas páginas más del Gran Libro. Como ya nos habíamos puesto bastante grandes, todos participamos en la fiesta del desmenuzamiento. Lanzando chillidos de gusto, rasgamos y arrancamos como por venganza. No hay nada como la destrucción para crear una cálida sensación de camaradería, y durante unos minutos, allí, en mitad de aquella barahúnda, llegamos de hecho a sentirnos una familia numerosa y feliz. Cuando me piden que cuente algo de mi niñez, siempre recorro a esto, para que vean lo normales que éramos.

Ni que decir tiene que la llegada de todo ese papel nuevecito, todavía sin cagar ni mear por nadie, no contribuyó precisamente a moderar mi apetito, y seguro que despaché capítulos enteros antes de alcanzar la edad suficiente para aventurarme fuera de nuestro oscuro rincón sobre cuatro patas temblequeantes, adentrándome en la titilante grandeza del mundo. Estoy convencido de que estas páginas masticadas aportaron la base nutricional de lo que modestamente denominaré mi insólito desarrollo mental, o quizás incluso lo provocaran. Imagínense: la historia del mundo en cuatro partes, fragmentos de filosofía, psicoanálisis, lingüística, astronomía, astrología, cientos de ríos, canciones populares, la Biblia, el Corán, el Bhagavad Gita, el Libro de los muertos, la Revolución francesa, la Revolución rusa, cientos de insectos, rótulos de calles, anuncios, Kant, Hegel, Swedenborg, tiras cómicas, canciones infantiles, Londres y Salónica, Sodoma y Gomorra, la historia de la literatura, la historia de Irlanda, acusaciones de crímenes inenarrables, confesiones, desmentidos, miles de juegos de palabras, decenas de lenguas, recetas, chistes verdes, enfermedades, nacimientos, ejecuciones... Todo eso, y mucho más, me lo metí yo en el cuerpo. Me lo metí, he de reconocerlo, antes de estar preparado. Tengo un recuerdo muy vivo, visceral incluso, de mi yo juvenil acurrucado en un rincón oscuro sobre un lecho de papel triturado (futuros manjares), agarrándome la tripa grotescamente desfigurada y gimiendo de

dolor. ¡Ay, qué dolor! Prolongados calambres in crescendo, cavándome las entrañas, retorciéndoseme dentro mientras se abrían cruel camino por las tripas estremecidas. A estas alturas, aún me sorprende que tan repetidos sufrimientos no me quitaran para siempre el vicio de masticar papel. Pero desde luego que no. Sólo tenía que esperar a que se me pasara el dolor y enseguida me ponía de nuevo a ello, y a veces ni siquiera esperaba tanto.

¿Oigo risitas? Supongo que, a ojos de usted, esto es más bien un vulgar caso de adicción, o quizás el cuadro sintomático de un lamentable desorden obsesivo-compulsivo, y sin duda que acierta. Y, sin embargo, el concepto de adicción no es lo suficientemente rico, lo suficientemente *profundo*, para describir esta hambre. Yo preferiría llamarlo *amor*. Incipiente quizá, pervertido incluso, sin duda no correspondido, pero, así y todo, amor. Aquí se sitúa el comienzo, crudo y glutinoso, de la pasión que ha dominado mi vida —echándola a perder, dirían algunos, y no necesariamente les llevaría yo la contraria—. Si hubiera sido algo más astuto, habría visto, en el espantoso dolor abdominal que me provocaba el ejercicio de esta pasión en su forma infantil, una advertencia, un augurio de los interminables padecimientos de que el amor, al parecer, viene siempre acompañado.

Consumido a diario —o, en mi caso, prácticamente de continuo, si incluimos los posteriores chupeteos de la capa pegajosa resultante—, hasta el más deleitable de los manjares acaba hartando. Me avergüenza decirlo, pero, con el paso del tiempo, el Gran Libro fue bajando por la escala de los encantos hacia la insipidez, haciéndose cada vez menos sabroso, más aburrido, más o menos como el cartón, realmente. Me hacía falta un cambio de dieta. Y, además, ya estaba harto de vapuleos.

Así que un día decidí dar descanso a mi familia y llevarme mis masticaciones a los estantes. Fue una mañana de domingo cuando me aventuré por primera vez. La tienda de arriba estaba cerrada y en la plaza apenas había tráfico que añadiera su distante armonía a los ronquidos entremezclados de mi idiotizada familia. Deslizándome por el pasadizo que conducía de nuestro hogareño rincón a la titilante habitación grande, con la nariz pegada al suelo, lo primero que me encontré, abierto sobre el cemento, fue el propio Gran Libro, o lo que quedaba de él. Lo reconocí

inmediatamente por el olor. Inhalado así, concentrado, multifolio, cientos de páginas densamente juntadas, me dio un poco de náuseas. *El impacto del genio*. Miré los demás libros que había en el estante inferior del que mamá había extraído éste y descubrí que podía leer los títulos con gran facilidad. Evidentemente, ya a tan temprana edad padecía del catastrófico don de la hipertrofia léxica, que tanto contribuiría luego a deteriorar el suave transcurso de una vida que, por lo demás, habría sido perfectamente normal. En la parte de arriba de este grupo de estanterías había un rótulo escrito a mano con la palabra FICCIÓN y una tosca flecha azul señalando hacia abajo. Según fui explorando el local, en los días y semanas sucesivos, encontré otros rótulos que decían HISTORIA, RELIGIÓN, PSICOLOGÍA, CIENCIA, OPORTUNIDADES y SERVICIOS.

Considero que este período fue el inicio decisivo de mi educación, aun teniendo en cuenta que el ansia que me sacaba de mi acogedor rincón y me hacía lanzarme al ancho mundo no era todavía el afán de conocimiento. Empecé por las estanterías más próximas, las de FICCIÓN, lamiendo, mordisqueando, saboreando y, al final, comiendo, a veces por los bordes, pero más frecuentemente, en cuanto conseguía dejar separadas las tapas, ahondando en línea recta por el centro, como un taladro. Mis preferidas eran las ediciones de la Modern Library, y siempre que me era posible escogía uno de sus libros, quizá por el sello, que era un corredor con una antorcha. A veces he pensado en mí mismo como Corredor con Antorcha. Y, ay, qué libros descubrí durante aquellos primeros días embriagadores. Aún hoy, la mera enumeración de sus títulos me trae lágrimas a los ojos. Recítelos usted, pues, dígalos lentamente, en voz alta, y le irán rompiendo el corazón: *Oliver Twist*. *Huckleberry Finn*. *El gran Gatsby*. *Las almas muertas*. *Middlemarch*. *Alicia en el país de las maravillas*. *Padres e hijos*. *Las uvas de la ira*. *El camino de la carne*. *Una tragedia americana*. *Peter Pan*. *Rojo y negro*. *El amante de Lady Chatterley*.

Mi devoración, al principio, era tosca, orgiástica, descentrada, cochina —me daba igual emprenderla a mordiscos con Faulkner que con Flaubert—, pero pronto empecé a percibir sutiles diferencias. Me di cuenta, al

principio, de que cada libro poseía un sabor distinto —dulce, amargo, agrio, agridulce, rancio, salado, ácido—, y según fue pasando el tiempo y mis sentidos ganaban en agudeza, llegué a captar el sabor de cada página, de cada frase y, finalmente, de cada palabra: todas traían consigo una ordenación de imágenes, representaciones mentales de cosas que yo desconocía por completo, dada mi limitada experiencia del llamado mundo real: rascacielos, puertos, caballos, caníbales, un árbol florecido, una cama sin hacer, una mujer ahogada, un muchacho volador, una cabeza cortada, siervos de la gleba que levantan la cabeza al oír el aullido de un idiota, el silbido de un tren, un río, una balsa, el sol entrando al sesgo en un bosque de abedules, la mano que acaricia un muslo desnudo, una choza en la jungla, un monje que se muere.

Al principio me limitaba a comer, royendo y masticando, tan feliz, siguiendo los dictados de mi gusto. Pero pronto empecé a leer, un poco por aquí, otro poco por allí, en los bordes de mis comidas. Y según transcurría el tiempo fui leyendo más y masticando menos, para terminar pasándome prácticamente todas las horas de vigilia leyendo y comiéndome sólo los márgenes. Y, ay, ¡cuánto lamenté entonces aquellos horribles agujeros! De algunos títulos no había más que un ejemplar, y tuve que esperar años para rellenar los huecos. No me enorgullezco de ello.

Ahora, tras las bofetadas y conmociones de la vida, vuelvo la vista a la niñez con la esperanza de descubrir alguna confirmación de mi propia valía, alguna señal de que estaba destinado, al menos por un tiempo, a ser algo más que diletante y bufón, que me vi superado por las inexorables circunstancias y no por ningún fallo interno. Que se me diga «Mala suerte, Firmin», no «Podríamos habértelo dicho». Me frotó los ojos y apunto el telescopio, pero, ay, éste no capta ningún divino aflato, ni siquiera magnífica unas cuantas chispitas de ingenio: sólo descubre un desorden alimenticio. En vez del telescopio, los médicos tirarían de sus estetoscopios, sus electroencefalogramas, sus polígrafos, todo ello en apoyo de un diagnóstico aplastante: caso corriente de bibliobulimia. Y lo peor de todo es que *tendrían razón*. Y, ante dicho acierto esencial, ante la oprobiosa obviedad de su juicio aplastante —me gusta la palabra *aplastante*—, sólo

me queda gritarme a mí mismo, igual que Ezra Pound en la celda de rata donde lo metieron en Pisa: «Derriba tu vanidad, te digo que la derribes». Pound era uno de los Grandes.

Pero ya basta. La criaturita que yo era en aquel entonces aún no se barruntaba tantísimos sufrimientos. Instalado en el peldaño más bajo de la escalera de la vida, todavía era un niño en una fiesta, rejileto y alegre; y fueron felices aquellos días en la librería. O, mejor dicho, fueron felices aquellas noches y aquellos domingos, porque no me atrevía a adentrarme en aquella titilante extensión durante las horas en que la librería estaba abierta al público. Desde nuestro oscuro escondite del sótano oíamos los murmullos de voces y el crujir de pisadas en el techo. Los oíamos y nos echábamos a temblar. A veces, las pisadas salían del techo y bajaban por los peldaños de madera que conducían al sótano. Por lo general, dichas bajadas venían seguidas de un período de silencio; pero a veces no, a veces venían seguidas de gruñidos y refunfuños, incluso de explosiones inexplicables, y todo ello nos asustaba terriblemente. Después venía el ruido del agua al correr, y luego las pisadas volvían a subir la escalera. Las pisadas de subida nunca eran tan fuertes como las de bajada.

3

Una noche, mientras curioseaba yo bajo el rótulo de OPORTUNIDADES, vi en la pared un tosco agujero por el que asomaba una gruesa cañería negra. Ésta iba arrastrándose por el suelo hasta introducirse en la pared de enfrente, bajo el rótulo de SERVICIOS. En aquella pared no había estanterías, sólo una puerta, siempre cerrada. Metí la nariz en el agujero y olfateé. Olía a ratas. La cañería penetraba en la pared y luego torcía hacia arriba. Era un tubo muy grueso, pero no llenaba del todo el orificio que habían hecho para instalarla, y el material de obra que la rodeaba era áspero e irregular. Era yo muy curioso en aquellos tiempos, y el olor resultaba tranquilizador, aunque no fuera exactamente igual que el olor a rata a que estaba acostumbrado. Resultaba más triste.

Apoyando la espalda contra la cañería, coloqué los pies en el interior del agujero y me puse a trepar, utilizando los salientes del material como puntos de apoyo. Fue una subida bastante fácil. En lo alto, en un nivel que correspondía al zócalo del primer piso, el túnel se ramificaba. Un camino seguía hacia arriba —con la cañería—, otros partían a derecha e izquierda, a lo largo de la pared, entre los listones de yeso y la obra exterior. Aquella noche fui hacia la izquierda. La noche siguiente fui hacia la derecha. Y al cabo de una semana tenía en la cabeza un mapa completo del sistema. El edificio estaba veteado de túneles, una auténtica colmena, una madriguera retorcida y entrelazada. Si no tuviera tantísima prisa —prácticamente, ya no queda tiempo—, ahora podría embarcarme en una interminable descripción

de la red de túneles, resultado, evidentemente, del trabajo conjunto de miles de ratas muy anteriores a mi época, generaciones de ratas hincando sus incisivos para arrancar pedacitos de obra, y todo para que yo, Firmin, un día, pudiese desplazarme sin que nadie me viera por el edificio entero. Podría cansarle a usted los tímpanos hablándole de conductos, tolvas, bancadas y grietas, explicándole la diferencia entre arco abocinado y arco capialzado; y, si aún siguiera despierto, podría dormirlo a fuerza de hoyos perpendiculares, niveladoras, cacillos, cañas de comunicación y yacentes. Si disfruta usted con este tipo de descripciones, más le valdrá comprarse un manual de minería.

Al principio, detrás de cada esquina esperaba tropezarme con otras ratas, las constructoras de esta cavernosa ciudad, pero nunca ocurrió. Terminé por considerarlas «de otros tiempos». Tampoco encontré comida, jamás. Y tal vez fuera ésa la razón de que allí no quedara ni una sola rata. Antes de la librería, puede que en este local hubiera una tienda de ultramarinos o una panadería. Ahora, para comer, lo único que había era papel. Y, sin embargo, mi paciente exploración, noche tras noche, de lo que parecían ser kilómetros y kilómetros de túneles, acabó reportándome gratificaciones que para mí aventajaban en mucho a cualquier manjar. Tenga usted presente que estos conductos de dentro de las paredes estaban en la más completa oscuridad. Poseo una excelente visión nocturna, pero aquí tenía que apañármelas con el olfato y el tacto. Era una tarea lenta y aburrida, y hubieron de transcurrir varios días hasta que vine a caer en una tolva que conducía directamente al techo del sector principal de la tienda. El edificio, como tantos otros de esta parte de la ciudad, era muy viejo, sin aislamiento de techos, y el espacio entre cada par de vigas formaba una amplia cámara abierta, increíblemente cálida y llena de polvo. Mis tenaces antepasados habían roído agujeros circulares en las vigas, y gracias a tales agujeros podía yo trepar malamente de cámara en cámara. Iba abriéndome camino en dirección al exterior, explorando detenidamente cada cámara, con los pies y con la nariz, antes de pasar a la siguiente, cuando topé con algo tan inesperado que me hizo brincar sobre las patas traseras. Tras más de una semana de buscar a tientas en noches oscuras como la pez, aquí, de

pronto, había rayos de luz que salían del suelo, procedentes de la planta de abajo, es decir, de la tienda. En un momento dado, tiempo atrás, alguien —no una rata— había abierto en el techo un agujero de buen tamaño, redondo, para instalar una lámpara, y ésta la habían colocado ligeramente descentrada, dejando en el borde una estrecha rendija en forma de arco. Por esa ranura pude mirar, con mucho cuidado, y la planta inferior se me ofreció a la vista.

Directamente debajo de mí había una mesa grande, repleta de objetos, y una silla con un cojín rojo. Eran la mesa y la silla de Norman, o iban a serlo. Aún no conocía a Norman —tendría que pasar algún tiempo antes de que dejara de ser simplemente el Dueño de la Mesa—, pero el amontonamiento de cosas encima del escritorio, el pincho de acero en que se ensartaba, casi hasta arriba, un montón de papeles andrajosos, los brazos resplandecientes de la silla y, por supuesto, el cojín rojo con su depresión central ahormada a las nalgas, poseían un aura de seriedad y dignidad que, teniendo en cuenta mis antecedentes, me pareció perfectamente irresistible.

Aquella rendija del techo en forma de *c* de «confidencial» se convirtió en uno de mis sitios preferidos. Era una ventana al mundo de los humanos, mi primera ventana. En ese sentido, venía a ser lo mismo que un libro: por ella podía asomarme a mundos que no eran míos. Le puse por nombre el Globo, porque así me sentía mirando hacia abajo, como si flotara sobre la habitación en la barquilla de un aeróstato. Unos días más tarde descubrí un segundo sitio, también muy bueno, en el otro extremo del techo, en el sentido del callejón. Era un agujero dentado que quedaba en la escayola, por donde una partición improvisada llegaba al techo. Por ese agujero bajaba yo hasta situarme encima de una de las vidrieras altas en que Norman guardaba los libros raros, y desde allí se disfrutaba de una magnífica vista de la sala principal de la tienda, incluida la puerta de la calle y la mesa y la silla de Norman. Le puse el Balcón. (Hoy, las palabras *balcón* y *balón*, ambas oxítonas, han quedado fusionadas hasta formar una especie de cuna, o un triste barquito. A veces me subo al barco y me dejo ir a la deriva. O me acuesto en la cuna y me mezo y me chupo un dedo del pie.) Más tarde supe que esta sala, que en aquel momento se me antojó un

verdadero océano de vastedad, era de hecho una pequeña parte del negocio. Norman poseía toda una sucesión de salas. En un momento dado, mucho antes de mi época, había comprado los dos locales contiguos a la librería original y había practicado aperturas en las paredes aledañas. Los accesos eran bastante estrechos; tanto, que las personas tenían que ir pasando por turnos y ponerse de lado y frotarse las panzas. Pero por ahí se llegaba a todas las secciones, una tras otra, y todas estaban también llenas de libros. A veces pensaba que todas esas salas conectadas mediante pequeñas puertas eran algo que bien pudiera haber construido una rata gigante, y disfrutaba pensándolo, hasta que Norman me falló.

A veces los libros estaban bien colocados, bajo sus rótulos correspondientes, pero otras veces se encontraban por ahí, desperdigados, en cualquier sitio. Cuando empecé a comprender mejor a las personas, caí en la cuenta de que ese increíble desorden era una de las cosas que la gente apreciaba en Libros Pembroke. No venían sólo a comprar un libro, soltar la pasta y darse el piro. Se quedaban un buen rato. Ellos lo llamaban mirar, pero más bien parecía que estaban excavando una mina. Me sorprendía que no trajesen palas. Cavaban en busca de tesoros con las manos desnudas, hundiendo a veces los brazos hasta las axilas, y cuando extraían alguna pepita literaria de algún montón de escoria, se sentían muchísimo más felices que si hubieran llegado y hubiesen comprado directamente el libro. En ese sentido, comprar en Pembroke era como leer: nunca sabe uno con qué va a encontrarse en la página siguiente —la estantería, el montón, la caja siguientes—, y eso constituía una parte importante del placer. Y eso constituía una parte importante del placer de los túneles, también: nunca sabía uno qué aguardaba a la vuelta de la esquina, al final del conducto siguiente.

Ni siquiera durante aquellas primeras semanas de embriagadoras incursiones llegué a descuidar mi aprendizaje. Nunca me adentraba en los túneles sin haber pasado antes unas cuantas horas leyendo. Y con tremendo provecho. Pronto fui capaz de comprender incluso las novelas consideradas más difíciles, sobre todo rusas y francesas, e iba haciendo progresos en las obras más sencillas de la filosofía y la administración de empresas.

Comprendo ahora con toda claridad, merced a mis investigaciones posteriores, que tales hazañas eran posibles, en términos orgánicos, sólo porque se estaba produciendo un crecimiento sostenido de mis lóbulos, el occipital y los temporales, acompañado —sigamos con las conjeturas— de un tremendo abultamiento de las circunvoluciones angulares. Razonando hacia atrás, de efecto a causa, me considero autorizado a suponer que mi cráneo también esconde bajo su humilde aspecto exterior una excepcional elongación lateral del área de Wernicke, deformación que normalmente se asocia a la precocidad verbal, pero que también se halla presente —he de reconocerlo— en algunas raras formas de cretinismo. Este crecimiento insólito lo atribuyo a estímulos medioambientales, aunque la dieta alimenticia, qué duda cabe, también debió de hallarse entre las causas. Hubo, sin embargo, un desdichado efecto lateral, porque la cabeza me creció de tal modo, que me costaba trabajo mantenerla erguida. Ya ve usted: la musculatura cerebral no venía acompañada de su correspondiente robustez corporal. Seguía siendo angustiosamente chaparrito. Era una piltrafa, un infusorio.

En psiquiatría es casi un axioma que la combinación de la precocidad intelectual con la debilidad física puede dar lugar a muchos rasgos de carácter muy desagradables: avaricia, manías de grandeza y masturbación obsesiva, por nombrar sólo algunos. Y, de hecho, si me he pasado la vida tratando de evitar a ciertos pretendidos expertos (me refiero a los psiquiatras) es porque los tales poseen —adquirida en los manuales más rudimentarios— una visión preconcebida de las profundidades de mi carácter. Se trata de una aversión muy natural, creo, teniendo en cuenta que entre los restantes efectos lamentables de mi dolencia hay uno que nunca deja de manifestarse: la necesidad casi patológica de esconderme o, si ello no fuera posible, de llevar máscara.

La combinación de cabeza gorda y miembros flojos me forzó a adoptar unos andares muy ponderosos, que en un período posterior de mi vida llegaron a parecerme propios de alguien muy metódico y muy digno, pero que en los primeros tiempos se me antojaban una manifestación más de mi rareza. No podía evitar que se me bambolease la enorme cabeza al andar, o

que su movimiento fuera muy pesado, lo cual me confería un aspecto bastante bovino. Y, además, yendo tan cargado de frente como iba, tenía una fuerte tendencia a caerme de bruces, para gran jolgorio de los demás.

Semejante pesadez, tan grotesca en una criatura de mi tamaño, fue especialmente desdichada en este período, cuando acababa de entrar en una fase de mi vida que requería la máxima ligereza. Aunque nada en el comportamiento de mis hermanos hiciera pensar que sus cerebros pudieran estar expandiéndose, sus aparatos masticatorios sí que habían experimentado un considerable desarrollo, como atestiguan los muchos y muy dolorosos mordiscos que recibí. Yo masticaba papel, ellos me masticaban a mí. Era una asimetría bastante molesta. Todos estábamos ya preparados para comer cosas sólidas. De hecho, estábamos preparados para renunciar a la vida familiar, y mamá acabó percatándose de ello, entre sus vapores etílicos. Nuestros relampagueantes incisivos tenían que parecerle verdaderos destellos de luz al fondo del largo túnel maternal. Atraída por esta luz, se puso a la tarea de enseñarnos a salir adelante sin ella y así poder dejarnos solos y largarse y reanudar su vida de jueguista.

Nuestra educación fue sencilla y práctica. Íbamos en turnos de a dos siguiendo a mamá en sus correteos por la parte de arriba, y lo que se esperaba era que aprendiéramos observando su técnica. Se había acabado lo de mamar y trincar por la vía fácil: nos tocaba, de ahora en adelante, enfrentarnos a un modo de vida enteramente nuevo. Los antropólogos consideran que la caza y la recolección constituyen la fase más primitiva de la civilización, pero ni a eso llegábamos nosotros. Lo nuestro era gorronear y vivir sobre el terreno. Una actividad casi totalmente nocturna. Las posiciones básicas eran encogerse, pegarse al suelo y agazaparse. Los movimientos de apoyo eran arrastrarse, correr y salir pitando. Cuando llegó mi turno, me tocó con Luweena. Me alegró que así fuera, porque esta hermana siempre me había tratado con indiferencia, sin ofrecerme mordiscos ni vapulearme, lo cual era muy de agradecer, teniendo en cuenta su constitución atlética y el hecho de que una vez, en el transcurso de una riña tumultuaria, le había dado un mordisco a Shunt en una oreja y se la había arrancado casi entera. Siempre me había llamado la atención —con

desmayo— su tamaño, pero aquella noche, en el momento mismo de ponernos en marcha, fue la primera vez que me fijaba en lo peluda que se había puesto por detrás. No sólo los dientes le crecían. Preocupado como estaba con mis exploraciones, me había pasado inadvertido este nuevo cambio, pero, ahora, la visión de sus peludas posaderas balanceándose delante de mí contribuía enormemente a distraerme, y de pronto experimenté una violenta cólera contra ella.



Con mamá en cabeza, nos colamos por la rendija inferior de la puerta de la bodega y salimos al mundo. Yo iba en la idea de que estaba mejor preparado que los demás para lo que nos esperaba en el exterior. A fin de cuentas, era yo quien se había pasado un montón de horas sentado en el Balcón, mirando por el escaparate frontal de la tienda, que daba a la calle. Algo del mundo había visto por ese ventanal: gente y coches pasando y una parte del edificio de enfrente. Una vez vi a un policía montado a caballo, y otra vez llovió. Pero al poner pie en la calle nocturna detrás de Luweena y de mamá comprendí de inmediato que mi imagen del mundo, limitada y rectangular, apenas si se parecía en nada a la enormidad de la cosa en sí. Me sentí como un humano poniendo pie en la superficie de Júpiter. Pusimos pie en un duro desierto negro. La farola que colgaba directamente sobre nuestras cabezas era un sol en un cielo negro. De alguna parte, quizá de la propia farola, llegaba un chillido débil y muy agudo que hacía daño en los oídos y que a la larga resultaba enloquecedor en su persistencia. A ambos lados, edificios de cuatro plantas, cayéndose a trozos, se alzaban como las paredes de un ancho cañón. Ya en ese primitivo estadio de mi aprendizaje había leído lo suficiente como para formular «ancho cañón de soledad». Lo formulé y me dio un escalofrío. De vez en cuando pasaba un coche con los ojos llameantes, y el suelo del desierto trepidaba. Hacía mucho frío, y algo parecido a un peine helado nos pasaba por el pellejo. Era el viento. Luweena, menos experimentada que yo, tendría que haber estado aún más sorprendida. Tendría que haberse arrugado o, por lo menos, que haberse quedado con la boca abierta de puro asombro, o anonadada de alguna manera, pero quien se quedó pasmado fui yo, al ver que iba olisqueando el aire y trotando detrás de mamá como si andar por Júpiter le pareciera algo completamente normal. En lo que a mí respecta, aún estaba al cobijo de mi relativa ignorancia, y sólo una vaga inquietud me carcomía los márgenes de la mente.

Íbamos en fila, deprisa y manteniéndonos tan cerca de los edificios como nos resultaba posible, primero Cornhill arriba y luego por un callejón

angosto. Yo iba el último. El callejón estaba oscuro y olía igual que debajo del rótulo de SERVICIOS, pero más fuerte. Tenía que haber algún tipo de comida por ahí, porque oí que Luweena y mamá masticaban algo en la oscuridad, por delante de mí. No me guardaron nada, y lo único que me encontré al llegar fue un trozo de lechuga. Sabía igual que *Jane Eyre*. Siguiendo el callejón desembocamos en la calle Hanover, directamente enfrente del brillante resplandor del teatro del Casino. En la prominente marquesina, unas luces amarillas que corrían sin parar trazaban las palabras CHICAS, CHICAS, CHICAS y LO MEJOR DE BOSTON. Bajo la marquesina, a ambos lados de la taquilla acristalada, había fotos tamaño natural y en blanco y negro de personas que ya entonces había aprendido a identificar como mujeres guapas. No llevaban ropa alguna, salvo zapatos de tacón alto en los pies y tiaras de diamantes en el pelo, con dos rectángulos negros tapándoles los pechos y la parte alta de los muslos. Una era rubia y la otra morena. Ambas tenían un pie levantado. Capturadas por la cámara en pleno baile, flotaban en un movimiento sin terminar: el obturador las había cercenado del tiempo, como una guillotina. Mamá y Luweena no les prestaron la menor atención. Lo que hicieron fue encaminarse directamente a la puerta del teatro donde ponía SALIDA y, una vez allí, arrojar a comer a dos carrillos de un montón de palomitas de maíz que se le habían caído a alguien. Saltaba a la vista que Luweena poseía un talento natural para gorronear y vivir sobre el terreno. Ni siquiera intenté unirme a ellas, esta vez. Me quedé ahí parado, mirando los carteles, con una pata en el aire. A pesar de mis muchas lecturas, incluida mi digestión de *El amante de Lady Chatterley*, sólo poseía una leve noción intelectual de este aspecto del mundo. De hecho, nunca antes había *experimentado* nada parecido. Ahora, echando la vista atrás, comprendo que el momento en que me quedé mirando a aquellas dos criaturas casi desnudas y angelicales constituyó lo que los biógrafos llaman un punto crucial. Haré yo lo mismo y diré que el 26 de noviembre de 1960, delante del teatro Casino, en una calle lateral, no lejos de la plaza Scollay de Boston, cambió el sentido de mi vida. Pero, claro, yo entonces no lo supe. Por no saber, en aquel momento ni siquiera sabía que estaba en Boston.

Una vez que Luweena y mamá se trajelaron todas las palomitas, seguimos por la calle Hanover, arrastrándonos por la cuneta hasta llegar a la plaza casi desierta. La plaza era, como gustaba de decir la gente, un sumidero, y de hecho el asfalto húmedo brillaba bajo las farolas como si fuese agua. Una mujer, seguida de cerca por un hombre, pasó sin vernos. Andaban con rapidez y acabaron desapareciendo por una puerta que había bajo el rótulo de HABITACIONES. Nunca olvidaré el ruido que hacían en la acera los zapatos de la mujer. Nos acurrucamos en una boca de alcantarilla hasta que la puerta se cerró tras ellos. Luego, en pos de mamá, cruzamos la vasta extensión de la plaza, corriendo todo lo deprisa que nos fue posible o, digamos, todo lo deprisa que mamá podía. En aquellos tiempos, Luweena y yo aún éramos ligeros de pies. Nada más llegar a la acera opuesta, mamá encontró un charco de cerveza, y Luweena y ella se negaron a seguir adelante mientras no hubieron lamido hasta la última gota. En aquel momento, la ansiedad ya se había trasladado de los márgenes de mi mente al mismísimo centro, y el miedo me daba tiritones. «Al diablo la comida», pensé. Lo que quería era salir corriendo y no parar hasta encontrarme en casa, sano y salvo, en la librería, pero me aterrorizaba la perspectiva de alejarme de mamá. Lo que más miedo me daba eran los camiones tronitantes que de vez en cuando pasaban por nuestro lado y cuyos faros proyectaban enormes sombras en las paredes, aunque mamá ni siquiera levantaba la cabeza, y Luweena, al cabo de un rato, tampoco. Y seguimos calle abajo. Pasamos por delante de los apagados ventanales del viejo caserón gótico del Old Howard, que en tiempos fue un famoso teatro, pero que llevaba años cerrado. Allí vivían muchísimas ratas de clase baja. Era, nos dijo mamá, un sitio estupendo para que te mataran. Al final, tras haber lamido no pocos charcos de la acera, encontramos algo de comer —perros calientes, encurtidos, rosquillas, ketchup, mostaza— en los grandes cubos de basura de detrás de Joe and Nemo. Había otras ratas por ahí, pero nos mantuvimos alejados de ellas. No somos una especie muy aficionada a estrechar lazos. Luego pasamos por delante del Red Hat Bar, y más charcos. Casi todos eran de orina, pero también los había de alcohol, en cantidad suficiente como para mantener ocupada a mamá, y a Luweena también.

Malos genes, supongo. Y ambas se fueron volviendo cada vez más imprudentes en el camino de regreso a casa, hasta el punto de recorrer la calle Cambridge caminando por mitad de la acera, y cantando. No yo, sin embargo. Yo iba pegado a las paredes, o por la cuneta, haciendo como que no las conocía de nada. De hecho, mantenía las distancias con la esperanza de que si alguna gran calamidad les caía del cielo y les aplastaba la cabeza, a mí no me ocurriera nada.

Estoy tratando de contarle a usted la verdadera historia de mi vida y, créame, no es nada fácil. Ya me había leído gran parte de los libros de debajo del rótulo de FICCIÓN cuando empecé a barruntar lo que significaba tal palabra y la razón de que algunos libros estuvieran ahí colocados, debajo de ella. Hasta entonces había creído estar leyendo la historia del mundo. Aún hoy tengo que esforzarme constantemente en no olvidar —dándome golpes en la cabeza, a veces, a tal efecto— que Eisenhower es un personaje real y Oliver Twist, no. *Perdido en el mundo: Epistemología y terror*. Repasando ahora mi relato de la primera salida con mamá y Luweena al territorio salvaje de más allá de nuestro sótano, de nuevo he pasado por alto un pequeño incidente. Fue, en mi opinión, algo completamente trivial, pero no quiero que me lo eche usted en cara luego, si sale a relucir. Ya lo estoy imaginando, dando vueltas en su sillón giratorio y soltando alaridos de gozo. Y, además, no fue exactamente un incidente, fue más bien una provocación, o, digamos, un intento de provocación, por parte del peludo trasero de Luweena.

Mientras la seguía por el callejón, el trasero, como ya he mencionado, subía y bajaba delante de mis narices. Arriba, abajo. Y lo más ridículo era que Luweena se empeñaba en llevar la cola en un ángulo también estimulante, un ángulo que no sería injusto calificar de descocado. Descocado y provocativo. Mientras nos arrastrábamos en fila india por el callejón, su trasero ocupaba por completo mi campo de visión, invadiendo mi consciencia e impidiéndome pensar en ninguna otra cosa, ni siquiera en la comida o el peligro. Y luego, claro, estaba el olor. No puedo esperar, imagino, que usted comprenda este aspecto de la cuestión, el irresistible poder de aquella fragancia. Me tenía a punto de lanzarme sobre ella como

un loco. Sentía que la entrepierna me impulsaba hacia delante. Me imaginé saltando sobre Luweena desde detrás e hincándole los incisivos en el pellejo del cuello mientras ella arqueaba su largo y musculoso lomo, alzaba el culo al aire y, con un chillido de deliciosa agonía, se entregaba a mí. Fue horrible. Pero también, afortunadamente, muy corto. Estábamos ya llegando al final del callejón, acercándonos a las luces de la calle Hanover. Pasó rugiendo un camión y mi súbito apasionamiento, con lo fuerte que era, se desvaneció en el estrépito. Nada había ocurrido. Y nada ocurriría, porque en aquel momento nos encontrábamos ya a sólo unos pocos metros y minutos de aquel punto crucial en que me quedé parado en la acera, con una pata levantada, mirando a aquellos ángeles. Voy a abrirle mi corazón: el impulso de violar a mi hermana en un callejón fue el último momento de deseo sexual normal y corriente que he experimentado en mi vida. Aquella noche, al salir, yo era, a pesar de mi inteligencia, un macho bastante común. Al volver ya estaba muy adelantado el proceso por el que me transformaría en un perverso, en un fenómeno de feria.

4

Allá en el mundo, fuera de mi adorada librería, era cada cual a lo suyo y sálvese quien pueda. Todo, en el exterior, estaba pensado para infligirnos un daño mortal, siempre. Nuestras posibilidades de cumplir el primer año de vida eran prácticamente nulas. De hecho, bien podía declarársenos muertos, en aplicación de las estadísticas. No era que yo lo supiese seguro en aquel momento, pero lo intuía, con esa especie de espantoso presentimiento que a veces asalta a quienes van a bordo de un barco a punto de naufragar. Si hay algo para lo que resulte útil una formación literaria, es para dotarlo a uno de un sentido de la catástrofe. No hay nada como una imaginación vívida para desvitalizarle a uno el valor. Leí el diario de Anna Frank, me convertí en Anna Frank. Los demás, en cambio, tenían sus momentos de gran terror, se escondían por los rincones, sudaban de miedo, pero tan pronto como pasaba el peligro ya era como si nunca hubiese existido, y seguían triscando por ahí, tan contentos. Tan contentos, hasta que alguien los aplastaba o los envenenaba o les rompía el cuello con una barra de hierro. Yo, por mi parte, he vivido más que todos ellos y, a cambio, he muerto mil muertes distintas. Me he movido por la existencia dejando en pos un rastro de miedo, como un caracol. Cuando muera de verdad, será un aburrimiento.

Una noche, poco después de aquella vuelta de orientación por la plaza, mamá subió a la calle, como de costumbre, y nunca más volvió. La vi un par de veces durante los meses siguientes, pasando el rato con las ramerillas en la trasera de Joe and Nemo. Luego desapareció sin dejar rastro. Y ése fue el final de nuestra pequeña familia. A raíz de ello, no hubo noche en que no

se ausentara alguno, hasta que al final sólo quedábamos Luweena, Shunt y yo. Y luego ellos también se largaron. Les costaba creer que yo tuviera intención de quedarme. Me consideraban un loco inofensivo. No les parecía nada bien lo que estaba haciendo. La librería, a fin de cuentas, era un sitio de mala muerte, que mamá se había visto obligada a elegir por razones de urgencia. A pesar de nuestras diferencias, el último día fue casi conmovedor. Luweena me dio un abrazo, y Shunt, avergonzado, me aplicó un puñetacito en el hombro. Estaban ya desapareciendo por debajo de la puerta cuando les grité: «¡Adiós, soplapollas; adiós, estúpidos infrahumanos!». Los insulté de mala manera, y luego me sentí estupendamente.

Me mudé a un sitito que me había acondicionado en el techo de la tienda, a mitad de camino entre el Globo y el Balcón, desde donde podía mantenerme al tanto de todo mientras proseguía mis estudios nocturnos en el sótano, devorando un libro detrás de otro, aunque ya no literalmente. Bueno, esto último no es del todo cierto. Instalado como estaba, cada noche, en los misteriosos intersticios que separan la lectura del almuerzo, había descubierto una notable relación, una especie de armonía preestablecida, entre el sabor y la calidad literaria del libro. Para averiguar si algo era digno de leerse, sólo tenía que mordisquear una parte de la zona impresa. Aprendí a utilizar la anteportada a tal propósito, dejando así el texto intacto. «Lo que bien se come, bien se lee», pasó a ser mi lema.

De vez en cuando, para dar alivio a mis sufridos ojos, hacía espeleología por los conductos y estancias secretas de mis antepasados remotos, y allí, una noche, mientras me arrastraba por detrás del zócalo, tropecé con un dique de yeso caído, una barrera que anteriormente había considerado parte de la pared, pero que, según comprobaba ahora, era de hecho un túnel obstruido. Los fragmentos que lo atascaban eran bastante grandes y angulosos y formaban un conjunto muy tupido, de manera que me costó mucho esfuerzo y mucho tiempo despejar el camino hasta dejar al descubierto un nuevo túnel. Era una apertura limpia, casi redonda, que atravesaba el zócalo e iba a dar directamente a la zona principal del almacén. Por astucia, o quizá por mera suerte, los industrioses antepasados

la habían practicado justo detrás de una caja fuerte de hierro, lugar que resultaba prácticamente invisible desde la tienda. El Balcón y el Globo, con todo lo valiosos que eran, venían a resultar simples miraderos, observatorios colgados como nidos de águila sobre el ajetreo mercantil, y no me habían ofrecido verdadero acceso a la tienda y su inabarcable tesoro de libros nuevos. Con lo que me pareció un fino sentido de la ironía más intencionada, le puse por nombre el Cubil de la Rata. También podría haberlo llamado la Puerta del Cielo.

A raíz de este descubrimiento, me dediqué casi por entero a los libros de arriba, mejores que los del sótano. Salas y más salas repletas de libros. Los había encuadernados en cuero, con ribetes de oro, pero el caso era que a mí me gustaban más los de bolsillo, sobre todo los de New Directions, con sus cubiertas en blanco y negro, y también los muy serios y muy austeros de Scribner. Si fuera un ser humano y me dedicase a leer en los parques, éstos son los libros que siempre llevaría conmigo. El sótano me había venido muy bien, pero era arriba donde me sentía florecer. Se me agudizó el intelecto, más que los dientes. Al poco tiempo ya era capaz de terminarme un libro de cuatrocientas páginas en una hora, o de tragarme a Spinoza entero en un solo día. A veces miraba a mi alrededor y me estremecía de gozo. No me entraba en la cabeza que algo así me hubiera sido otorgado. A veces pensaba que podía ser parte de algún designio secreto. Me preguntaba: «¿Será posible que, a pesar de mi dudoso aspecto, yo tenga un Destino?». Y con ello me refería a la clase de cosa que la gente tiene en los relatos, donde los hechos de la vida, por agitados y revueltos que discurran, al final se resuelven en una especie de pauta. Las vidas, en los relatos, tienen sentido y dirección. Incluso vidas totalmente desprovistas de sentido, como la de Lenny en *De ratones y hombres*, llegan a adquirir, por su lugar en el relato, al menos la dignidad y el significado de ser unas Vidas Estúpidas y Desprovistas de Sentido, el consuelo de ser un ejemplo de algo. En la vida real, ni eso consigue uno.

Nunca he tenido mucha valentía física, ni de ninguna otra clase, y siempre me ha costado mucho trabajo afrontar la vacua estupidez de una vida corriente, sin relato, de modo que muy pronto di en confortarme con la

ridícula idea de que poseía un Destino. Y comencé a viajar, en el espacio y en el tiempo, por medio de los libros, buscándolo. Me dejé caer por el Londres de Daniel Defoe, en su visita guiada de la peste. Oí la campana que acompañaba la petición de «Traed a vuestros muertos» y olí el humo de los cadáveres ardiendo. Sigo teniéndolo en las fosas nasales. Las personas morían como ratas por todo Londres —de hecho, también morían las ratas, igual que las personas—. Tras dos horas de esto, me hacía falta un cambio de escenario, de modo que me trasladé a la China y subí por un empinado sendero, entre bambúes y cipreses, para sentarme un rato ante la puerta abierta de una pequeña choza de montaña con el viejo Tu Fu. Contemplando en silencio la blanca neblina que ascendía del valle, escuchando soplar el viento entre las cortinas de juncos y también los débiles ecos de las distantes campanas del templo, ambos estábamos «solos con diez mil cosas». Más tarde me desplazé a Inglaterra —brincando por encima de los océanos, los continentes y los siglos con la misma facilidad con que se sube uno al bordillo de una acera—, donde hice una pequeña fogata junto a un camino de carretas, para que la pobre Tess, abocada a la perdición, condenada a recolectar nabos en un campo desolado, bajo el azote del viento, pudiera calentarse las agrietadas manos. Ya había leído dos veces su vida, de cabo a rabo —ya conocía su Destino—, y aparté la cara para esconder mis lágrimas. Luego viajé con Marlow a bordo de un vapor trapajoso, río arriba, en África, buscando a un hombre llamado Kurtz. Lo encontramos. ¡Más nos habría valido no haberlo encontrado! E hice presentaciones. Puse a Baudelaire en la balsa con Huck y Jim. Le vino estupendamente bien. Y en ciertas ocasiones les aligeré las penas a los tristes. Hice que Keats se casara con Fanny antes de morir. No pude salvarle la vida, pero tendría usted que haberlos visto en la noche de bodas, en una pensión barata de Roma. Para ellos era un sitio de cuento de hadas. Hice que mis sueños entraran en los libros, y a veces me volvía a soñar dentro de los libros. Tomé a Natasha Rostova por la cintura mínima, noté el peso de su mano en mi hombro, y bailamos, como flotando en las oleadas del vals, y cruzamos el reluciente parque del salón hasta salir al jardín, con

sus farolillos de papel, mientras los bizarros tenientes de la Guardia Imperial se atusaban furiosamente el bigote.

Se ríe usted. Y con razón. Antaño fui —a pesar de mi desagradable facha— un romántico irrecuperable, es decir, la más ridícula de las criaturas. Y humanista también, igualmente irrecuperable. Y, sin embargo, a pesar —¿o a causa?— de tamaños defectos, llegué a conocer a muchísimas personas fabulosas y no pocos genios, en el transcurso de mis primeros años de aprendizaje. Podía pegar la hebra con cualquiera de los Grandes. Dostoyevski y Strindberg, por ejemplo. Enseguida me di cuenta de que eran igual de sufridores que yo, igual de histéricos. Y de ellos aprendí una lección muy valiosa: por pequeño que seas, nada te impide estar tan loco como el que más.

Y no tienes que creerte los relatos para que te gusten. Me gustan todos. Me encanta la progresión del planteamiento, del desarrollo y del desenlace. Me encantan la lenta acumulación de significados, los brumosos paisajes de la imaginación, los recorridos laberínticos, las laderas boscosas, los reflejos en los estanques, los giros trágicos y los deslices cómicos. La única literatura que no soporto es la de ratas, incluidos los ratones. Me carga el Rata de *El viento en los sauces*, tan bondadoso y tan bueno. A Mickey Mouse y Stuart Little me dan ganas de mearles en la boca. Van por ahí arrastrando los pies, afables, primorosos, se me hincan en el gaznate como espinas de pescado.

Y ahora, al final de todas las cosas, ya no consigo creerme que muchas personas reales tienen un Destino; y estoy seguro de que las ratas no, en ningún caso.

A pesar de mi inteligencia, de mi tacto, de la delicadeza y exquisitez de mis sentimientos, de mi creciente erudición, seguía siendo una criatura de grandes incapacidades. Leer es una cosa, hablar es otra, y no me refiero a hablar en público. No quiero decir que padeciera ninguna fobia social, aunque, de hecho, tal fuera el caso. No: me refiero a la propia articulación vocal, de la que no era capaz. Mi locuacidad rayaba en la charlatanería, pero estaba condenado al silencio. Vamos, que no tenía voz. Todas esas frases tan bellas que me revoloteaban por la mente como mariposas, de

hecho estaban presas en una jaula de la que nunca lograrían evadirse. Todas esas palabras bellas que, una vez bien especiadas, hacía sonar en el silencio asfíxiado de mi cabeza eran tan inútiles como los miles, quizá millones, de palabras que había arrancado de los libros para zampármelas, los fragmentos inconexos de novelas enteras, comedias, poemas épicos, diarios íntimos y confesiones escandalosas: todas por el desagüe, mudas, inútiles, desperdiciadas. El problema es fisiológico: no tengo las cuerdas vocales adecuadas. Pasaba horas declamando versos de Shakespeare. Nunca iba más allá de unas pocas variantes ininteligibles del chillido básico. Ahí tenemos a Hamlet, empuñando la daga: *chillido chillido chillido*. (Y ahí tenemos a Firmin aguantando la bronca del público, que le arroja los cojines de las butacas.) Me sale mejor el fragmento en que Macbeth dice eso de que la vida es un cuento narrado por un idiota, que nada significa: hay que reconocer que en ese texto quedan muy propios unos cuantos chillidos bien colocados. ¡Ay, qué payaso! Me río para no llorar —otra cosa que, claro está, tampoco puedo hacer—. Ni reír tampoco, ya que estamos, salvo dentro de la cabeza, donde hace más daño que las propias lágrimas.

Fue durante mi época de exploración por los túneles —seguía siendo muy joven, estaba recién graduado en clásicos infantiles y mi concepción del mundo era francamente inestable— cuando me vi en un espejo por primera vez. En la puerta sobre cuyo dintel ponía SERVICIOS había un cartel escrito a mano donde se pedía CIERRE LA PUERTA, POR FAVOR. Y la gente cumplía. Entre el ruido del agua corriendo y el ruido de pasos en la escalera siempre se interponía el clic prohibitorio del pestillo. Estaba yo en un rincón —detrás del calentador de agua— el día en que se produjo el silencio, más estrepitoso que todos los clics juntos, entre la descarga y las pisadas. De inmediato comprendí lo que había ocurrido, y aquella tarde, nada más cerrar la librería, me dirigí hacia el parpadeo. La puerta sobre cuyo dintel ponía SERVICIOS permanecía abierta, y había luz en el cuartito de dentro, la más brillante que jamás habría podido imaginar. Al principio quedé deslumbrado y también presa del asombro ante las figuras de porcelana que allí dentro había. Se parecían muchísimo a los altares que había visto en *La Biblia ilustrada para niños*, y di por supuesto que iba a

entrar en un templo. Las suaves superficies blancas y los accesorios de plata resplandeciente me parecieron solemnísimos. (A esa edad aún me costaba trabajo distinguir entre solemne e higiénico.) Primero exploré el borde de un cuenco oval a medio llenar de agua, con la parte de dentro salpicada de manchas marrones, y luego probé un bocadito de un papel blanco y suave que había al lado, colgando de la pared: sabía a Emily Post^[2]. Desde el borde de la taza pude brincar al altar más alto, que resultó ser otro cuenco también oval, pero vacío, con un orificio circular, de borde plateado, en el fondo. Encima, ligeramente inclinado hacia delante, había un espejo de marco metálico en el que se proyectaban inclinadas de modo ilógico las paredes de detrás de mí. A pesar del escaso desarrollo de mi intelecto en aquel entonces, comprendí de inmediato cómo funcionaba aquello. Permanecí erguido sobre las patas traseras en el borde exterior del cuenco, y estirando el cuerpo todo lo que pude logré verme claramente por primera vez. Por supuesto que había visto a los demás miembros de mi familia, y realmente tendría que haber deducido cómo era yo, viéndolos a ellos. Y, sin embargo, éramos tan distintos, en tantos y tan importantes aspectos, que había dado por sentado —porque quise creerlo, ahora lo comprendo— que también en lo físico diferiríamos.



A fin de cuentas, verme por primera vez no fue en absoluto como ver a otra rata cualquiera. La experiencia fue mucho más personal y mucho más dolorosa, también. Contemplar las formas, nada bonitas, de Shunt o Peewee siempre me había resultado bastante fácil, pero estar ahí mirando mi propio aspecto, similar al de ellos, era un horror. Me di cuenta, por supuesto, de que la intensidad del dolor guardaba una proporción exacta con lo enorme de mi vanidad, pero ese pensamiento sólo contribuyó a empeorar las cosas. No sólo feo, sino también vanidoso, con lo cual añadíamos el ridículo al total de mis talentos. Ahí estaba yo, ligeramente ladeado, en irrefutable detalle: bajito, ancho de cintura, peludo y sin barbilla. Firmin *el Peludo*^[3]. Ridículo. La barbilla, su ausencia, era lo que más daño me hacía. Parecía señalar —aunque, de hecho, semejante nulidad era incapaz de algo tan atrevido como señalar— una crasa falta de fibra moral. Y pensé que los ojos oscuros y protuberantes me conferían una nauseabunda pinta de sapo. Era, en pocas palabras, un rostro taimado y falto de honradez, indigno de confianza; el rostro de un personaje verdaderamente bajuno. Firmin *el Sabandija*^[4]. Pero los detalles —cero barbilla, nariz puntiaguda, dientes amarillentos, etcétera— carecían en sí de importancia, comparados con la impresión general de fealdad. Incluso en aquel momento, cuando mi idea de la belleza no iba más allá de las ilustraciones de Tenniel para Alicia, supe que *eso* era ser feo. Y el contraste, la infranqueable y descorazonadora *distancia*, se fue agrandando más adelante, cuando fui consciente de la existencia de criaturas verdaderamente bellas, como Ginger, Fred, Rita, Gary, Ava y todas las Beldades. No era tolerable.

A partir de ese momento, puse todo de mi parte para no verme reflejado nunca, en ningún sitio. Resultaba fácil mantenerse apartado de los espejos, pero las ventanas y los tapacubos de los coches eran otro cantar. Cada vez que captaba una visión de mí mismo en una superficie así me quedaba instantáneamente horrorizado, como si hubiera visto un monstruo. Claro está que enseguida me daba cuenta de que el monstruo era yo, y solamente yo, otra vez, y no tengo palabras para describir la pena que aquello me

causaba. De modo que se me ocurrió un pequeño truco mental: cuando esto sucedía, en lugar de decir «soy yo» y estallar en sollozos, decía «es él» y salía corriendo.

En aquellos primeros tiempos, y sobre todo cuando ya pude acceder a la planta principal, quemaba la vela por ambos cabos a la vez, y, salvo cuando el hambre me obligaba a arrojarme al arroyo en busca de algo que roer, utilizaba la mayor parte de las horas nocturnas en mis lecturas y mis recorridos por la librería, mientras que las horas del día las pasaba en su mayor parte pegado al Globo o al Balcón, no fuera a perderme algo de lo que ocurría en la librería. En dos ocasiones me sucedió que, de puro cansancio, quedé dormido encima de un libro, y ambas veces me desperté del susto, al oír la llave en la cerradura de la puerta principal —Norman abría la tienda—, para tirarme de cabeza al Cubil de la Rata en un santiamén. Y en otra ocasión, dando cabezadas en mi puesto de vigía, casi me caigo del Globo.

Desde el Globo, unas semanas antes, atisé a Norman por primera vez. No completo, sin embargo: sólo la brillante cúpula de su cabeza y la parte de arriba de sus hombros y brazos. Tampoco era Norman, todavía, sino sólo el Dueño de la Mesa. Me había llevado mucho tiempo reunir el valor suficiente para mirar desde el Balcón en horas laborables. Pero al cabo lo logré, una mañana temprano. Como de abajo no me llegaba ningún ruido, aparte del quejumbroso rechinar de la silla y algún crujido de papeles, situé un ojo cauteloso al borde de la Grieta Confidencial y lo vi sentado a su mesa. Con los codos en los brazos de su silla, estaba leyendo un periódico. Mi sorprendente capacidad de visión me permitía leer el periódico a mí también, pero en aquel momento me interesaba más leer lo que ponía en la monda cabeza de Norman. Mi vida ha estado marcada por una serie de extraordinarias coincidencias —que durante mucho tiempo tomé por señales de que poseía un Destino— y ocurrió que justo antes de mirarle la cabeza a Norman por primera vez había aprendido unas cuantas cosas sobre las técnicas de lectura del cráneo.

La semana antes había estado trabajando bajo el rótulo de LIBROS RAROS Y PRIMERAS EDICIONES, y precisamente había pasado parte de la noche

inclinado sobre *Anatomía y fisiología del sistema nervioso en general y del cerebro en particular*, un revolucionario trabajo sobre la frenología, obra de Franz Joseph Gall. A pesar del escepticismo que en principio me suscitaba la idea de que el carácter de una persona pudiera conocerse por los salientes y entrantes de su cráneo, una palpación sistemática de mi propia testa peluda —sirviéndome de una de las patas delanteras— había revelado la presencia de grandes protuberancias (rayanas en la deformación) precisamente donde tenían que estar. El abultamiento de mi frente —una prominencia en forma de verruga que suelo frotarme en los momentos de perplejidad— es indicativo, según Gall, de un prodigioso talento lingüístico, en tanto que los caballones bien intencionados pero incompetentes que tengo debajo de los ojos son seña de un elevado temperamento «espiritual». También me descubrí en la base del cráneo unos bultos que delataban «adherencia» y «disposición amatoria», indicando la existencia —y ¿cómo voy a negarla?— de una «tendencia a establecer fuertes lazos con otras personas» y «una proclividad a la concupiscencia y al apetito carnal». Por último, dicho sea únicamente para mostrar que también un cráneo es capaz de cierta ironía, llevo en las sienes unas pequeñas pero inconfundibles arrugas cuyo origen está en el impulso hacia fuera de la irreprimible Esperanza.

Mirando desde lo alto del Balcón, cartografié los valles y colinas de la cocorota de Norman. Allí puestas, con toda claridad, estaban las señas de la inteligencia, espiritualidad, energía mental, firmeza y —eso era lo mejor de todo— un altozano de regular tamaño que indicaba «filoprogenetismo», definido por Gall en los términos siguientes: «sentimiento especial que nos empuja a cuidar de nuestros vástagos desamparados y darles sustento». El descubrimiento de la naturaleza auténtica del Dueño de la Mesa me llenó de contento: por primera vez en mi vida, no me sentía solo en el mundo. Aquello generó en mí una sensación de seguridad y también —como habría dicho el propio Gall— un fuerte sentimiento de «adherencia». Me enamoré en aquel mismo instante.

En este punto creo percibir sonidos de impaciencia, un cambio de posición de la silla por el que se intenta hacerme comprender algo, un

marcado resoplido. La visión de mi felicidad lo lleva a usted, supongo, a subrayarme la dolorosa obviedad y a preguntarse en voz alta si nunca se me pasó por la cabeza que quizá no encajase del todo en la categoría de «vástagos desamparados». La breve respuesta es: nunca. Echando la vista atrás, ahora comprendo que toda la casi tragedia, que seguidamente pasaré a contar, fue causada por el simple hecho de que la cabeza de Norman no careciera totalmente de pelo. Mi investigación de su carácter, aunque diligente, se vio estorbada por sendos brotes de rizos oscuros y poco aseados que le cubrían las sienes. Si hubiera podido encaramármelo al hombro y palparle las sienes con las patas delanteras, no me cabe duda alguna de lo que habría encontrado: unas arrugas en forma de media luna por encima de las orejas, indicativas de «destrutividad», reforzada y confirmada ésta por un par de bultos cuneiformes indicativos de «secretismo». Pero todo eso aguardaba en el futuro. Por el momento, será apropiado colocar un rótulo bajo el retrato de Norman que hay en su mesa: PRIMER HUMANO QUE F. AMÓ NUNCA.